

**CUENTO N°69**

**TITULO: CINCUENTA LUCAS**

**SEUDÓNIMO: BEHAIM**

**AUTOR: MARIO ERNESTO STEIN BLAU**

## CINCUENTA «LUCAS»

### BEHAIM

Ernesto es un profesional titulado hace poco tiempo. Envío sus antecedentes respondiendo a un aviso del periódico; fue citado a una entrevista. La recepcionista le indica que se dirija a una sala privada. Golpea la puerta y escucha un jovial «¡adelante!». Al ingresar, observa a un individuo de unos cuarenta años, que se presenta como «don Eugenio» y le ofrece asiento frente a él. Sobre el escritorio, hay dos fotografías que miran hacia el lado de Ernesto; deduce que es la esposa en una y un hijo pequeño en la otra. Después de una breve negociación sobre los estipendios, llegan a un acuerdo. Ocupará uno de los escritorios en la antesala; el otro es el lugar de trabajo de Pamela, la secretaria. Enseguida, don Eugenio le solicita —para su intensa sorpresa— que vaya a comprarle un sándwich de jamón con queso y un jugo. Explica que las compras de este tipo, en adelante, las hará él, ya que sospecha que los mensajeros de la empresa escupen sobre sus encargos en el corto trayecto.

Algunos días después, don Eugenio cuenta a Ernesto, sentado frente a él en silencio, su especial experiencia con Mónica, su esposa —otro de sus larguísimos monólogos de costumbre—. Ella «no estaba usando nada» cuando salieron la primera vez; tuvo que casarse. Ernesto se pregunta cuántas veces ha escuchado la misma historia.

Desde su escritorio, Pamela relata a Ernesto sus planes matrimoniales con Raúl, su novio, instructor de artes marciales. No está muy segura. Raúl quiere casarse, pero ella le teme; comenta que siente, siempre que está a su lado, como si estuviera lleno de rabia.

A veces, Mónica visita en forma breve la oficina para saludar a don Eugenio. Deja tras de sí, al retirarse, una estela de un grato aroma, un perfume inconfundible.

A puerta cerrada, don Eugenio revela a Ernesto, con varonil orgullo —Ernesto ya lo ha adivinado antes; cualquiera trabajando con ellos por algunos días lo notaría—, su asunto con Pamela. Describe cada sesión con ella, durante la hora del almuerzo, en el Hotel Olivia. Cincuenta «lucas» es el precio de permanecer allí por un par de horas.

Mientras come solitario su habitual sándwich en la oficina, Ernesto atiende el teléfono. Es Mónica. Inventa diversas excusas cada día sobre la habitual ausencia de don Eugenio.

Pamela distribuye una circular informando al personal: la empresa ha dispuesto que uno de sus funcionarios, el que sea considerado más meritorio por sus esfuerzos durante el período de calificación, será enviado a Italia, para conocer la casa matriz. La selección del funcionario galardonado con esta especial distinción, estará a cargo de don Eugenio.

Don Eugenio viaja a Italia. Ernesto es elegido por Pamela para mantener la rutina de salidas a la hora del almuerzo, durante el viaje de don Eugenio. En la tibia confianza de los momentos de descanso después del rutinario ejercicio atlético, desnudos bajo las sábanas de dudosa higiene del Hotel Olivia, Pamela regala a Ernesto sabrosas confidencias sobre las particularidades sexuales de don Eugenio —siempre muy breves—, y las de Raúl. Ernesto escucha con una fingida sonrisa de interés.

Don Eugenio regresa desde Italia. Pamela aparece en la oficina luciendo una espectacular cartera italiana y una pequeña cadena de oro italiano en su cuello. Solicita a Ernesto dejar la aventura en suspenso; ahora son más insistentes las pretensiones matrimoniales de Raúl. Se reanudan las solitarias meriendas de Ernesto en la oficina. Continúa el habitual telefonazo de Mónica, consultando por el ausente don Eugenio, pero se va insinuando un fenómeno curioso: ambos alargan la llamada, para conversar algunos momentos.

Mónica se presenta en la oficina a media mañana. Saluda en forma cortés a Pamela y Ernesto, antes de perderse en la oficina de don Eugenio. Breves instantes más tarde, emerge

tratando, sin mucho éxito, de contener el llanto. Ernesto se atreve a expresarle, con la intención de calmarla, lo admirable que lucen sus zapatos. Mónica se ruboriza y agradece el comentario, explicando, con voz entrecortada, que don Eugenio se los ha traído de regalo desde Italia, que deben haberle costado una fortuna.

Don Eugenio después le confidencia a Ernesto, sonriendo en forma ladina, que pagó por ellos solo el equivalente de cincuenta «lucas». Había gastado ya casi todo su dinero en atenciones para Pamela; mirando un escaparate, se fijó en un modelo de terciopelo verde y azul que no lucía el consabido cartelito con una cifra exorbitante. Entró y consultó al vendedor, quien, casi con disculpas, le indica que es un modelo único, confeccionado solo para un desfile de modas; es un número cuarenta, tamaño algo extraordinario para las damas, y que está a precio de liquidación.

Mónica aparece por sorpresa en la oficina, durante uno de los solitarios interludios en que Ernesto come su sándwich. Con los zapatos de terciopelo verde y azul. Solicita a Ernesto la confianza de escucharla por algunos momentos. Desahoga en él sus sospechas respecto a posibles andanzas extramaritales de don Eugenio. Ernesto, leal subalterno, defiende a su jefe. Para cambiar de tema, consulta con timidez si ella aceptaría una invitación a almorzar algún día, para seguir analizando el tema sin miedo de posibles interrupciones. Ella accede, estableciendo la condición de que Ernesto la deje pagar la cuenta.

Pamela y don Eugenio regresan algo más tarde; se les nota bastante animados. Don Eugenio comenta, sonriendo, que Ernesto se ve más sonrosado que de costumbre, que le debe haber sentado bien el sándwich. Pamela ríe, el trío intercambia algunas bromas livianas. Luego don Eugenio indica a Pamela que no le transfiera llamadas hasta nuevo aviso y se encierra en su oficina. Ella, de inmediato, cesa de sonreír y espeta, en forma brusca a Ernesto, que ha detectado un aroma de perfume en el ambiente, una fragancia que ella conoce a la perfección, es el que usa

Mónica. Demanda saber si es efectivo que la esposa de don Eugenio estuvo allí, y si así hubiera sido, con qué propósito.

Una mañana, Ernesto sale de la oficina, informando a Pamela que irá a visitar clientes. Regresa algo pasado del horario establecido para el almuerzo. Don Eugenio y Pamela no han retornado aún de sus prolongadas desapariciones de costumbre. En ese instante, el teléfono repiquetea con insistencia. Es Raúl, quien pregunta por la ausente Pamela. Ernesto la defiende a ultranza; comenta, inventando con urgencia, que le parece recordar que ella mencionó que tenía una cita con el médico. Raúl ahora consulta por don Eugenio. Ernesto responde que es posible que se encuentre en su oficina, ya que la puerta está cerrada, señal habitual de que no desea ser interrumpido. Raúl corta en forma brusca la comunicación, sin despedirse. Ernesto imagina que don Eugenio y Pamela se están tomando con tranquilidad las habituales horas en el Hotel Olivia. Para su gran sorpresa, aparecen en ese momento, mucho antes de lo acostumbrado. Ella, muy hosca y silenciosa, retoma sus responsabilidades.

Don Eugenio llama de inmediato a Ernesto a su oficina. Cierra la puerta con cuidado. Se descompone y llorando, relata, entre profusión de hipos, imprecaciones y sollozos, lo sucedido recién, cuando iban entrando al Hotel Olivia. Explica el asunto del tabique, ese que impide a los clientes que ingresan verse con los que salen, en el corto trayecto desde los coches a las habitaciones y viceversa. El tabique de maderas descansa sobre unos soportes de hierro, que dejan un espacio abierto desde el nivel del piso. El espacio es suficiente para poder apreciar la parte inferior de las rodillas de las personas que transitan en ambos sentidos. Don Eugenio cuenta que iba caminando con la mirada baja, pensando en los breves instantes que le separaban de gozar de nuevo el joven cuerpo de Pamela. Entonces alcanzó a divisar, con enorme horror, a través del espacio entre el tabique y el piso, caminando en dirección contraria, los inconfundibles zapatos de terciopelo verde y azul. Olvidó por completo el propósito del viaje al hotel; se le enfrían y

desaparecen las ansias, la impresión es demasiado intensa. Decide regresar de inmediato a la oficina. A la salida del hotel, efectúa una mala maniobra con el automóvil y quiebra el farol trasero a otro que está estacionado. Don Eugenio decide no detenerse para hablar con el guardia, y quizá dejarle algunos billetes para asegurar su silencio. Anota, con descuido, la patente del coche dañado; ya ubicará después al dueño, para resarcirle con discreción. Durante todo el trayecto, ella le reprocha la falta del almuerzo; él, casi ausente en sus distraídas respuestas.

Como un actor dramático, don Eugenio lanza puñetazos sobre la mesa, relatando lo sucedido. Describe a Ernesto las horribles torturas a las que someterá al desconocido amante, cuando le ponga las manos encima. Pero, en forma gradual, comienza a desesperarse. Sus circunstancias no serán nunca más las de antes; es el fin de su matrimonio, está destruido. Como un detalle sin importancia, entrega a Ernesto el papel donde anotó la patente del coche que dañó en el hotel, para que Ernesto —a fin de cuentas su subalterno— efectúe el laborioso trabajo de ubicar al dueño.

Ernesto sale y cierra la puerta, regresando a su escritorio. Pamela contesta el teléfono, que suena con insistencia. Es Raúl; ella lo saluda con afecto, pero a poco hablar, comienza a tartamudear. Está ahora nerviosa y agitada. Niega, grita, insiste a Raúl que está equivocado, que ella no salió con don Eugenio a ningún lado, que la está confundiendo con otra; que fue, sola, a efectuar una diligencia durante su corta ausencia de la oficina. Sus protestas y negativas se van haciendo cada vez más débiles. Sigue escuchando en silencio, alejando el auricular de su cuerpo, como si estuviera envenenado. Luego lo lanza sobre el escritorio, se levanta con brusquedad de su silla, y como una tromba, irrumpe en la oficina de don Eugenio.

Pamela ha dejado abierta la puerta. Ernesto percibe con claridad el diálogo, sin girar su cabeza, para no ser visto pecando de curiosidad. Ella informa a don Eugenio que Raúl los siguió, y que la divisó —con toda claridad— entrando al hotel; es irrevocable, su noviazgo ha quedado

concluído, y que Raúl viene en camino a la oficina, para ajustar cuentas con ambos, por supuesto, con muchísima rabia. Se escuchan voces airadas que proceden desde abajo. La recepcionista grita con desesperación: «lo siento, no puede subir a la oficina de don Eugenio hasta que yo lo anuncie». Ernesto dirige su mirada hacia la puerta abierta de la sala de don Eugenio. De pie, uno a cada lado del escritorio, se miran en silencio, con ojos desorbitados.

Después de subir el corto tramo de las escaleras, saltando de a dos los peldaños, Raúl hace una pausa en el escritorio de Ernesto y lo saluda, amable pero parco. Enseguida, ingresa a la oficina de don Eugenio y cierra tras de sí la puerta, con exagerada suavidad.

Ernesto consulta en Internet. Averigua en pocos instantes, con enorme asombro, que el vehículo dañado pertenece a Raúl. Piensa que no es buen momento aún para comunicarse con Mónica. Esperará hasta que concluya la visita de Raúl a la oficina, haciendo votos para que Pamela no quede muy afectada por el término de su relación. Es obvio que ella necesitará, en las próximas semanas, varias sesiones con Ernesto en el hotel, para distraerse de la pena de sus planes abortados por su pequeña indiscreción. De cómo quede don Eugenio después de la visita de Raúl, en realidad no le importa mucho. Ernesto ahora desenvuelve y comienza a morder, con mucha lentitud, el sándwich que debiera haber comido, como de costumbre, a una hora bastante más temprana. Lo encuentra delicioso, saborea cada bocado con fruición. El espectáculo en la oficina de don Eugenio comenzará en breves instantes. Se contenta con saber que escuchará todo lo que suceda, no le es necesario presenciar los acontecimientos; incluso sería contraproducente, podría estropear el sublime agrado de calmar su estómago. Después, cuando de nuevo quedé solo, llamará con tranquilidad a Mónica, para comentarle, con agradecimientos, lo grato que le ha sido el encuentro que tuvieron antes ese mismo día, pero que se sentía algo incómodo por las cincuenta «lucas» que ella pagó por la habitación en el Hotel Olivia.